

**PIERRE VILAR.**—Mi libro data ya de hace unos quince años, pero la primera edición era muy erudita, y difícilmente accesible para el público. Se trata ahora de una versión resumida (por ahora sólo ha sido publicado el primer volumen), que llega hasta mil setecientos veinticinco.

"En el prefacio y en la introducción explico mi experiencia de los años mil novecientos veintisiete-mil novecientos treinta y seis, y la profunda impresión que me había producido la unanimidad catalana, esa especie de consensus, a la vez popular, intelectual y burguesa, en torno al estatuto. Mis reflexiones comenzaron a partir de ese fenómeno, y explico después dos cosas: por una parte, la **realidad** de esa comunidad, de esa base nacional que representa Cataluña (y que acaba de confirmar últimamente), y por otra, el hecho de que no hay que olvidar nunca la lucha de clases dentro de un sistema social. Ahora bien, es indispensable que entre mil novecientos treinta y seis hemos asistido a grandes luchas de clase (que se ampliaron después durante la guerra), por ejemplo, a varias insurrecciones por parte de la Confederación Nacional de Trabajadores, de los anarquistas, reprimidas a veces con dureza por las autoridades catalanas autónomas, de la misma forma que estas mismas autoridades, cuando en mil novecientos treinta y cuatro se planteó el problema político de una afirmación total del Estado catalán, no lograron el apoyo de toda la clase obrera barcelonesa. Así pues, los dos puntos en los que he insistido siempre mucho son éstos: **realidad** de la base nacional catalana, pero, ¿quién asume **políticamente** esa base? Ahí se plantea el problema de clases, y en particular, el problema de la clase obrera y de la lucha de clases dentro del sistema.

**R. CH.**—¿Cree usted que se reproduce ahora la misma situación?

**P. V.**—Hoy nos encontramos ante las mismas afirmaciones. La afirmación catalana creo que no admite ninguna discusión después de las elecciones; por otra parte, también es cierto que son las mismas clases—digamos las clases medias— las que asumen la responsabilidad política entre una gran burguesía que se ha reafirmado de nuevo como catalanista, y por otra parte, una clase obrera de la que ignoramos todavía si mantiene las mismas corrientes que antaño, pero que, en general, ha votado **catalán**. Pues bien, ante este fenómeno, pienso que mi libro está sencillamente confirmado por los hechos, pero sigue siendo interesante desde el punto de vista de la posición **histórica** que señalaba en los años treinta. Hay que pensar que no modifiqué nada, y que sencillamente reproduje lo que escribí en aquella época, incluso si ahora pudiera pensar que hubiera podido cambiar algunas cosas. Preferí conservar el libro como una especie de testimonio fechado.

*Pierre Vilar, profesor durante muchos años (y ahora, ya jubilado, honorario) de la Sorbona, es el autor de ese libro capital para comprender lo que es España, publicado en la colección Que sais-je, "Histoire de l'Espagne".*

*Más tarde —hace unos quince años— Pierre Vilar publicó en catalán una monumental tesis titulada "Cataluña en la España moderna", indispensable para conocer el hecho catalán, sus orígenes, luchas y desarrollo. Ahora, la editorial Flammarion publica una especie de condensado de esa tesis. Pierre Vilar no ha querido modificar nada. Para él —lo comprobaremos en la conversación que sigue—, el pasado catalán aclara el presente; las constantes históricas se reproducen, y mañana Cataluña se va a encontrar con los mismos problemas de hace cuarenta años. Barcelona. Ediciones 62*

## PIERRE VILAR: analista de Cataluña

RAMON CHAO

**R. CH.**—En su libro habla de los **atibajos del sentimiento nacionalista catalán a través de la Historia.**

**P. V.**—No; no del **sentimiento**, sino de su **fuerza**. Lo primero que me planteé fue el desarrollo de Cataluña, si Cataluña existe como grupo. Naturalmente que existe. En primer lugar, explico que existe **geográficamente**; hay varios puntos de vista geográficos: unos abarcan el conjunto de los países catalanes (es decir, con Valencia y el Rosellón), otros incluyen el Principado, etcétera. Pues bien, cuando paso del punto de vista geográfico al histórico, compruebo que desde la Prehistoria se habían constituido ya cierto número de núcleos homogéneos de población, pero evidentemente será en la Edad Media cuando Cataluña se forme en tanto que **nación** y en tanto que **potencia**.

**R. CH.**—¿No es un poco arriesgado hablar de nación en la Edad Media?

**P. V.**—Sí; sé que se puede discutir sobre la legitimidad de ese término, pero creo que Cataluña es uno de los pocos países que afirmó precozmente a la vez sus realidades políticas, sociales, culturales e intelectuales con una forma que se puede llamar nacional e incluso, hasta cierto punto, con formas imperialistas, ya que Cataluña se extiende por todo el Mediterráneo, a veces con emporios comerciales, y otras, con posesiones políticas. Esa Cataluña medieval existió, fue una potencia, utilizó su idioma—incluso políticamente y, claro está, culturalmente—. Luego, es cierto que en el segundo período de la Edad Media, en el declive medieval a partir del siglo catorce, Cataluña pierde fuerza en relación con la comunidad española. Yo traté de explicarlo de una forma que no había sido generalmente reconocida en la historia tradicional. La historia tradicional hacia hincapié en los hechos políticos y se decía que Cataluña había llegado a la decadencia porque había perdido los reyes de su dinastía propia, porque había sido vencida en los conflictos del siglo quince; yo propuse un esquema diferente: Cataluña ha perdido su esplendor debido a las grandes pesetas de los siglos catorce-quince, a las grandes luchas agrarias entre siervos y señores del siglo quince, a

la disminución de sus recursos económicos y, al igual que los demás países mediterráneos, perdió su papel preponderante cuando el océano Atlántico se convirtió en el eje del mundo. En ese momento, Cataluña inició un declive como potencia; la caída de sus fuerzas humanas y económicas que explican su decadencia política, y no al contrario. Naturalmente, influyó mucho el hecho de que Castilla se convirtió a finales del siglo quince y en el siglo dieciséis, en el Estado más grande del mundo y, con la expansión colonial, el primer gran Imperio mundial. Cataluña, que por razones materiales quedaba reducida a ser país con moderada influencia, conservaba, sin embargo, un aparato político que le permitía vivir autónomamente, como hacían también otras regiones o naciones del Imperio español.

"Después, en el siglo diecisiete, al entrar en decadencia España (y en particular Castilla), Cataluña efectúa, al contrario, cierto número de progresos de base: en la agricultura, renacimiento del comercio, etcétera. Entonces, por dos veces, Cataluña se subleva precisamente contra la decadencia española. En mil seiscientos cuarenta los catalanes protestan contra el anacronismo español en el mundo moderno naciente, y en mil setecientos cinco-mil setecientos catorce, al rechazar a Felipe V, Cataluña trata de formar un centro político propio, no ya autónomo, sino dirigente en todo el Estado español.

"En aquel momento, Cataluña es derrotada. Y en mil setecientos catorce-quince le retiran todo lo que le quedaba de autonomía en su sistema político. Entonces sucede algo que puede considerarse paradójico, y que la escuela tradicional catalanista interpretaba con dificultad: y es que, precisamente en el momento en que perdió esos órganos de autonomía política, Cataluña conoce un resurgimiento económico innegable, y a finales del siglo dieciocho participa tanto en la explotación colonial como en sus principios de revolución industrial y el gran comercio americano, que restituye a Barcelona su fuerza y su poder. La capital catalana se convierte en una gran ciudad, y no hay duda que entonces, satisfecha por

sus relaciones con el centro español, Cataluña ya no reclamaba urgentemente una recuperación de potencia política. Sencillamente, afirmaba. Hay también otro elemento, y es que en aquel momento, por el contacto con el Imperio español, las clases dirigentes catalanas, y en especial las clases comerciantes, empiezan a abandonar el catalán, en sus correspondencias, en los documentos. Hubiera podido haber, pues, en aquellos momentos, una fusión de Cataluña en el conjunto español. Una prueba es la resistencia de Cataluña a Napoleón, que fue muy clara y decidida. Sin embargo, la pérdida del Imperio fue esencial, como también la ruina acarreada por el episodio napoleónico y los descendos brutales en la población y en la economía. Por todo esto, Cataluña no vuelve a encontrar su prosperidad de antes a principios del siglo diecinueve. Toma conciencia de su debilidad y mantiene, a pesar de todo, siglo de lo que había adquirido económicamente, es decir, una cierta industria que va a concentrarse en el mercado nacional, tras haber tenido que abandonar el mercado colonial. Cataluña se vuelve hacia el mercado castellano, andaluz, etcétera. Entonces, Cataluña se convierte, en España, en la única potencia económica de tipo normal en el siglo diecinueve; es decir, una potencia industrial, más caracterizada por la industria de consumo que por las grandes fuerzas de producción. Tiene, pues, necesidad del mercado español. Pero sucederá que el mercado español no puede absorber toda la producción catalana, dada su pobreza propia.

"Al mismo tiempo, en el siglo diecinueve se produce en toda Europa el movimiento romántico de nacionalidades. Me refiero a la resurrección sentimental y literaria de antiguas naciones. En Cataluña hubiera podido dar el mismo resultado que, por ejemplo, el felibrigio en Francia, es decir, **políticamente muy poco**, pero a finales del siglo diecinueve la burguesía catalana se perca del desequilibrio que existe en el Estado español: Cataluña posee la potencia económica, es el sector económico más avanzado, y el resto de España es todavía, desde muchos puntos de vista, precapitalista. Esa diferencia de estructuras lleva a Cataluña a reclamar más



autoridad a Madrid, primero, y luego, al no lograrlo, a recluírse sobre sí misma, declarando que la vieja Cataluña de antaño había podido vivir sola y que la Cataluña actual podría muy bien hacer lo mismo.

**R. CH.—Sus análisis sobre la evolución político-económica de Cataluña han provocado reacciones contradictorias.**

**P. V.—Sí;** es posible que se haya creado una pequeña polémica entre mi amigo Termes, por ejemplo, y yo. En realidad, no una polémica, sino que ha hecho una serie de afirmaciones que van contra mi tesis de que la burguesía catalana tomó en sus manos el nacionalismo catalán. Se me ha objetado, y es cierto, que en la primera mitad del siglo diecinueve la idea del Estado catalán y del particularismo catalán fue asumido por elementos populares, particularmente obreros. Se podría añadir, además, que el mismo carlismo es una especie de afirmación particularista en las zonas montañosas y en el campo. Pero incluso en Barcelona y en los medios obreros se plantean exigencias relativas a un Estado catalán, pero dichas exigencias demuestran tener muy poca eficacia. Es normal, pues, en aquellas fechas resulta evidente, que una nacionalidad no podía convertirse en una nación política a menos que la burguesía —que era entonces la fuerza dominante— pudiera tomar las riendas de una empresa política de tal envergadura. Eso fue lo que sucedió en todos los países del centro de Europa donde las nacionalidades antiguas domi-

nadas por un sistema político aristocrático, precapitalista, se rebelaron contra los intereses multinacionales.

"Pues bien; en España sucedió lo mismo: la burguesía industrial, a mediados y a finales del siglo diecinueve, se consideró al grupo catalán capaz de dirigir el grupo español con los matices que he indicado y los grandes problemas de la lucha de clases que se rebelaron.

**R. CH.—Vamos a hacer una extrapolación, y dígame si de la misma forma que Cataluña conoció un periodo de expansión tras la represión del siglo dieciséis, sucedió lo mismo bajo la represión franquista, y después, si en estas últimas décadas la burguesía catalana asumió la defensa del sentimiento nacionalista.**

**P. V.—Lo que me ha sorprendido en la historia del franquismo es que, al principio, los falangistas, en particular, tenían una idea bastante clara del problema: deseaban que cesase el desequilibrio industrial que había marcado a la España del siglo diecinueve y que había terminado provocando ese deseo de autonomía de los catalanes. Pensaban que España se iba a equilibrar con la creación en el centro y en otros países periféricos de grandes núcleos industriales.**

"No se puede decir que, desde ese punto de vista, se haya obtenido mucho relativamente, pero desde mil novecientos sesenta y cinco se ha procurado crear centros industriales en varios puntos de España. Pero, ¿qué sucedió?

Sencillamente, que tanto Cataluña como el País Vasco conservaron, en ese conjunto completamente renovado, casi las mismas proporciones en relación con el resto que tenían antes. Y, naturalmente, puede producirse ya esa escisión entre una España pobre y una periferia rica, sino una vez más una exigencia por parte de las entidades económicas catalanas (unas exigencias políticas) ante Madrid. Y ya hemos visto que esto se está esbozando. Y debo decir que, en la medida en que yo he podido estar al corriente de los textos o escuchar las declaraciones de los que podríamos llamar los herederos de la gran burguesía catalana (Jordi Pujol, Trias Fargas, etcétera), tengo la impresión que reproducen, más o menos, las mismas posiciones y las mismas exigencias que los hombres de mil ochocientos noventa o de mil novecientos treinta.

"Cabría preguntarse, pues, en qué medida iban a tener una influencia, un eco general. Las elecciones parecen demostrar que nos encontramos hasta cierto punto ante las mismas posiciones de aquellas épocas; es decir: el catalanismo parece haber sido asumido o dirigido por las clases medias, por un democratismo socializante y, por el momento, por una parte de la clase obrera. Pero referente a esto no podemos saber muy bien lo que ha sucedido, pues ignoramos qué ha sido del anarquismo, del anarcosindicalismo. Teniendo en cuenta sus costumbres, no parece que los obreros se hayan abstenido sistemáticamente de participar en las elecciones, pero también es cierto que han podido perfectamente (como lo hicieron en otras elecciones), votar por los que le parecían más próximos o menos alejados de ellos. De forma que el problema de la lucha de clases se volverá a plantear, naturalmente, con más fuerza, ya que Cataluña (y particularmente Barcelona) constituyen ahora una concentración obrera excepcional. Y también hemos visto que en el valle del Llobregat o en las regiones de Terrasa y Sabadell las formaciones más avanzadas han tenido un éxito particular. El problema continúa, pues. Estamos ante una Cataluña absolutamente unida, que exige la autonomía (que seguramente no se le negará, por imposibilidad total de hacerlo), con una burguesía que ha podido reencontrar posiciones nacionales que parecían estar perdidas o comprometidas para ella en las grandes luchas sociales de los años treinta, pero, por otra parte, los equilibrios de antaño no parecen tan diferentes.

**R. CH.—Señala usted en su libro que en mil novecientos treinta y dos el Parlamento catalán era en su mayoría de izquierdas, mientras que las Cortes Españolas estaban dominadas por las derechas. Hoy nos encontramos también ante la misma situación.**

**P. V.—Sí;** yo creo que es una de las cosas que más deben preocupar, cuando se piensa en una España federal. Es cierto que el federalismo es una tradición española, y no hay ninguna razón para que, un día u otro, no nos encontremos ante un Estado federal, pero pue-

den plantearse problemas como, por ejemplo, que haya en ciertas regiones que gozan de autonomía una mayoría que no corresponda a la que impera en el centro. También puede ocurrir lo contrario, y se puede imaginar una España central muy a la izquierda, mientras que Cataluña o el País Vasco o Galicia con posiciones muy moderadas. No lo sé. Por el momento, no creo que nos encontremos exactamente en la situación de antes. Aparentemente, sí; es evidente que nos hallamos ante una Cataluña de izquierdas y una España mucho más moderada —excepto el País Vasco, evidentemente, que plantea otros problemas—.

"Es un problema grave, uno de los más dramáticos de los últimos tiempos —exceptuando, claro está, el dieciocho de julio—. Yo me encontraba en Barcelona en mil novecientos treinta y cuatro y observé la dificultad que suponía para un país vivir con una mayoría de derechas victoriosa y anticatalanista en el centro, cuando Cataluña estaba unánimemente por el catalanismo y dividida en el aspecto social, pero en ningún modo de acuerdo con las posiciones políticas del centro.

"Se me dirá que en países como Alemania o los Estados Unidos, con Estados autónomos (a veces con autonomías muy amplias), no se producen estos problemas. Pero yo creo que la potencia económica de los Estados Unidos y de Alemania logran relativizar los problemas políticos. Yo dudo que España haya llegado a ese punto de indiferencia de los problemas políticos.

**R. CH.—Por último, para terminar, ¿qué es para usted Cataluña? ¿Engloba a Valencia, el Rosellón, las Baleares?**

**P. V.—Ese problema me incitó a añadir una nota al principio de mi libro para recalcar que mis afirmaciones de mil novecientos treinta ya no son, tal vez, válidas. En efecto, me pareció que en estos últimos tiempos se esbozaba un gran movimiento hacia la unión de Países Catalanes. En cuanto a Valencia, este movimiento me había parecido importante e interesante; en cuanto al Rosellón, es evidente que plantea otros problemas: las nacionalidades francesas, que han estado totalmente borradas en el sistema jacobino, después de una monarquía absoluta y centralista, tienden a renacer hoy. Digo que se trata únicamente de una tendencia, pues no nos encontramos todavía ante problemas políticos fundamentales. Es evidente que la Cataluña del Norte empieza a plantearse problemas. En cuanto a Valencia, es innegable que las elecciones no han dado la impresión de que el movimiento valencianista sea tan evidente, tan unánime, que el catalanista. La situación no ha cambiado mucho, aunque haya indicios de cambio en este sentido.**

**R. CH.—¿Y las Baleares?**

**P. V.—Es un asunto curioso.** Según varios sondeos, parece ser que en las Baleares el apego a la lengua catalana es más fuerte que en los otros lugares. Y es evidente que, políticamente, esto no se traduce por una exigencia autonómica tan visible. ■